

“África es como una droga: la gente y su embrujo crean dependencia”

Entrevista al P. Vicente García

Por Carmen Vila

Nació en Benamarías (León) en 1943. Profesó como misionero redentorista en 1961 y fue ordenado sacerdote en 1967. Hizo estudios de Sociología en el Instituto Superior de Pastoral y obtuvo la Licenciatura en el Instituto Superior de Ciencias Morales de Madrid. De 1970 a 1991 estuvo como misionero en la República del Congo (Zaire). Durante este tiempo, además de la actividad parroquial, tuvo una especial dedicación a la formación de catequistas, maestros y colaboradores laicos. Con este fin compuso en lengua nativa varias obras de carácter pastoral y escribió ‘Una ética de liberación para África’, de la editorial Perpetuo Socorro.



Padre Vicente ¿Qué destacaría de su infancia?

Mi infancia comenzó en 1943 en un pueblo muy pequeño que nunca llegó a tener más de 300 habitantes y donde, hoy en día, quizás no lleguen a 20 personas. La parroquia la forman dos pueblos vecinos con la iglesia justo en el medio. Era un pueblo dedicado a la agricultura y, dadas las limitaciones y carencias del medio, todos vivíamos muy volcados en los trabajos agrícolas tradicionales: el riego de los cultivos, el pastoreo... Sin embargo, siempre pudimos asistir a la escuela.

Cuéntenos por qué le llamó la atención la Congregación del Santísimo Redentor

Seguramente, la influencia del convento redentorista de Astorga (León) a solo 14 kilómetros y de algunos padres redentoristas de los pueblos cercanos. Pero el impulso mayor partió de mi familia. Entré en el seminario recién cumplidos los 11 años.

Un total de 21 años en África. Cuéntenos las cosas buenas y menos buenas que se trajo de allí.

África es como una droga: la gente y su embrujo crean dependencia. Las personas en El Congo son muy acogedoras, amables y vitalistas y se hacen querer. A pesar de su situación, a veces tan desesperada para un occidental, se diría que carecen del sentido trágico de la vida y eso es algo increíble. Mi obispo africano un día me decía: “¿Vincent, por qué sufres? ¿Crees que ellos lo viven como tú?”. Pienso que es una forma de autodefensa ante sus duras condiciones de vida. Por otro lado, creo que la cultura africana, junto a sus grandes valores, ejerce a veces como un muro de contención que les impide progresar



hacia mejores condiciones de vida. El título de mi tesis de Licenciatura ‘Una ética de liberación para África’, responde un poco a esta idea... En mi estancia en África, nunca las dificultades materiales fueron un problema para mí, pero sí lo fue la prisa para conseguir más y mejores resultados. De todos modos, aprendí a ponerme objetivos más pequeños, particularmente en lo referente a mejorar las condiciones de vida de mis gentes: un plan para construir sus viviendas, más adaptado a sus posibilidades, unos molinos de mandioca para facilitar ese fatigoso pilar de las mamás cuando llegan por la tarde a sus casas, una mejor atención a sus necesidades en lo referente a la salud...



A continuación, estuvo trabajando en el Instituto Superior de Ciencias Morales, en Madrid.

¿Qué fue lo que realizó allí?

De regreso a España, por problemas cardíacos y antes de venir Madrid, pasé en Mérida un año hasta que, de nuevo por problemas de salud, me destinaron a trabajar en el Instituto Superior de Ciencias Morales de Madrid. A lo largo de 15 años estuve en el instituto en actividades, sobre todo burocráticas, y acabé impartiendo varios cursos como profesor.

Posteriormente, se fue a Roma de 2008 hasta 2014.

¿Qué pudo aportar en Italia?

¿Qué se trajo de allí?

En 2008, me pidieron ir a Roma para hacerme cargo de la Biblioteca de la Academia Alfonsiana, cuyo fondo asciende a los 200.000 libros. Tuve que hacer un esfuerzo suplementario: aprender una nueva lengua, un nuevo método de informatización de libros... Llegamos a mover más de 20.000 libros. De Roma me traje la amistad de mis colaboradores y todavía la mantengo, todo un lujo.

Y volvió a Madrid...

Por problemas de salud de mi padre tuve que volver a Madrid. En Roma fueron muy comprensivos con mi situación y me facilitaron el regreso. Me incorporé a la comunidad del Perpetuo Socorro de Madrid y me confiaron de nuevo organizar e informatizar el Archivo Provincial. Posteriormente, se han ampliado mis responsabilidades y, desde 2015, me ocupo también de la Secretaría del Gobierno Provincial.

Lo que más le gusta hacer...

Trabajar: ¡Tengo pánico al paro!

Lo que menos...

Hacer informes, actas y todas esas cosas que están llamadas a publicarse, pero comprendo que forma parte de mi trabajo.

¿Algún consejo para afrontar los jóvenes y menos jóvenes esta pandemia que nos ha tocado vivir en el siglo XXI?

Sugiero, casi me gustaría decir exijo, un compromiso serio, personal y comunitario. Necesitamos suscitar una conciencia aún más aguda de lo que tenemos e incidir en el camino a seguir para vencerlo. Para ello me parece imprescindible que cada uno encuentre motivaciones sólidas. A mí me parece que las mejores siempre estarán fuera de uno mismo, en los demás.

¿Qué le queda por hacer?

Nada especial. Creo en aquellas palabras que los Hechos de los Apóstoles (20,35) atribuyen a Jesús: “Es mejor dar que recibir”. Yo lo tengo grabado con otra fórmula en ese pequeño mosaico que ves ahí: “Que, para dar, Tú nos has dado”.